



Fernando Bermúdez Cristóbal

La sombra de Luca Pacioli

• united
p.c.

A LA DIVINA PROPORCIÓN

**A ti, maravillosa disciplina,
media, extrema razón de la hermosura
que claramente acata la clausura
viva en la malla de tu ley divina.**

**A ti, cárcel feliz de la retina,
áurea sección, celeste cuadratura,
misteriosa fontana de medida
que el universo armónico origina.
A ti, mar de los sueños angulares,
flor de las cinco flores regulares,
dodecaedro azul, arco sonoro.
Luces por alas un compás ardiente.
Tu canto es una esfera transparente.
A ti, divina proporción de oro.**

Rafael Alberti

Luca Pacioli nació en 1445 en la pequeña localidad de Borgo Sansepolcro, situada en el valle superior del Tíber, al pie del monte Maggiore en los confines de la Toscana y de la Umbría, provincia de Arezzo, perteneciente a la república de Florencia; de familia muy pobre, nunca pudo ir a la escuela.

- Señor Bartolomeo ¿Sabe donde está Luca? – preguntó Ádamo.

- Luca está cogiendo alubias en los campos, junto al río – señaló Bartolomeo extendiendo el brazo, indicando ladera abajo. El lugar concreto se lo debía de conocer Ádamo. En realidad, el hombre de rostro curtido por el sol, rayando el medio siglo y vestido con pantalones remendados, sostenidos en la cintura por cordel en sustitución de un cinturón, señaló impasible, todo lo largo y ancho de un precioso valle, situado a los pies del último tramo de los Apeninos toscanos. Sansepolcro, domina el alto valle del Tíber, ya que se abre en un amplio y armonioso anfiteatro de colinas.

- Voy en su busca –dijo con entusiasmo Ádamo- Esta tarde nos iremos a visitar la Abadía.

- No será posible –respondió con mal talante Bartolomeo- Ya está bien de visitar las piedras sagradas de Tierra Santa. Además, esta tarde iremos a visitar a los señores Folco de Belfolci. Si nos ampara el Señor, que falta nos hace, Luca pasará a trabajar con ellos.

Tal como estaba previsto padre e hijo se presentaron en el domicilio de los señores Belfolci,

que residían en el centro de Sansepolcro en la vía del Prucino.

Los Belfolci tenían infinidad de negocios, aunque aparentemente sólo fuere uno, ya que en realidad se trataba de un comercio en el cual se trajinaba infinidad y variedad de productos. Desde finas telas de seda, tejidos, esencias, calzado, semillas de labranza y ultramarinos. Vendían toda gama de comestibles, a excepción del pan y leche.

- Necesitamos un criado, para que nos ayude a todo que sea menester. Dada su edad, no le encargaremos trabajos pesados. Vivirá con nosotros, en recuerdo de su madre Antonieta, que tantos años estuvo en esta casa, hasta que hace dos meses se la llevó el Señor. Su mujer Pacioli, fue para nosotros, una hija más, hasta que se casó con usted. Referente al tema de la escuela, no podrá asistir. Mi hija Aurora se encargará de enseñarle lo más preciso.

Bartolomeo pensaba: “Mala cosa ser pobre. Serán cínicos. Trataron a Antonieta, como a una hija, y trabajó como una bestia de carga. Lástima que su salud no le permitiese sustentar a Luca. Confiaba en la agudeza de su hijo. Y si algo bueno pudiese aprender en el pueblo, sería en aquella casa. En la calle, sin trabajo alguno, poco se podía aprender”.

- No se apure Pacioli. Ya sabe, que su hijo está en buenas manos. Y cuando tenga cariños de él, puede pasar a verlo. En esta casa, siempre tendrá las puertas abiertas. Lo principal, es que usted mejore de salud.

- Gracias, señor Belfolci.

No pudo pronunciar palabra alguna. La emoción de Bartolomeo le hizo salir de aquella casa, sin despedirse de Luca.

Al amanecer del día siguiente, la señora Eleonora, esposa del señor Belfolci, preparó unas sopas de farinetas con leche. Luca agradeció el primer plato caliente que comía por la mañana, desde el fallecimiento de su madre, hacia más de dos meses.

- Vas a ser un muchacho fuerte y necesitas comer bien y puntualmente. Espero sepas agradecerlo, respondiendo con tu trabajo.

- Si, señora – asintió Luca. Refrendado el asentimiento con su cabeza. De frente despejada, semblante serio, mirada fija y escrutadora.

- ¿Cuántos años tienes? - preguntó Eleonora, en tono matriarcal.

- Diez, camino de once. En otoño, cumpliré los once.

- Aparentas más edad. Mi hija Aurora tiene doce y proporcionalmente tú estás más crecido. ¿Sabes leer, escribir y las cuatro reglas?

- No, señora. Nunca fui a la escuela – respondió desconsolado Luca.

- Si quieres aprender el oficio de comerciante, deberás estudiar lo antedicho o simplemente te quedarás en peón. Tal vez, si le caes bien a mi Aurora, ella podría enseñarte a ratos perdidos.

- ¿Y qué tengo que hacer para caerle bien a su hija?

- Llevarle siempre la venia.

- No sé que es la venia, señora Eleonora.

La mujer del comerciante señor Belfolci, sonrió ampliamente mostrando unos molares grandes, acordes con sus pómulos que afeaban su cara alargada. Tenía un cuerpo gallardo y bien constituido.

- Llevarle la venia a mi hija, equivale a no contrariarla. Darle la razón, aunque no la tenga. Y ahora Luca, terminado el desayuno, todas las mañanas tendrás que limpiar el suelo del comercio, con esta escoba, quitar el polvo del mostrador con esta bayeta, y después el tramo de la mitad de la calle, que corresponde a la fachada de nuestra vivienda, deberás limpiarlo y dejarlo como una patena. El detritus de las caballerías, si los hay, los recogerás con el badil y todo ello lo echarás en el corral en el lugar apropiado de la femera. La limpieza la acabarás todos los días, antes de que baje el señor Belfolci, y así podrás ponerte a su disposición. ¿Me has entendido bien?

- Si, señora.

- Como has acabado tu desayuno. ¡Ya puedes empezar el trabajo! – Eleonora le alargó a Luca un escobón bien fornido de cáñamo, capaz de arrastrar todo lo que hubiere por el suelo.

Luca empezó a mover la escoba con cierta soltura, aunque ésta pesara lo suyo, pues estaba acostumbrado a realizar trabajos en el campo, y a pesar de su corta edad, manejaba la azada con fuerza y energía. La escoba no lo amilanó. Abrió la

puerta de la calle para que el polvo saliera al exterior.

- ¿Por qué abres la puerta de la calle, si no es horario de comercio? – preguntó Eleonora en tono de reproche.

- El polvo tiene que salir fuera de aquí. Si no lo que hago, es quitar la suciedad, pero el polvo, no. El polvo se traslada de un sitio a otro.

Se quedó confusa Eleonora.

- La puerta debe estar cerrada. ¿Y qué otra solución cabe?

- Las ventanas, señora Eleonora. Hay que abrir las ventanas.

- El comercio se llenará de moscas.

- Se llama al carpintero y que ponga mosquiteras. Son muy limpias.

- Bueno, tú sigue con la faena. Siempre lo hemos hecho así. Y además ¿Quién se lo propone a mi marido? Con el genio que gasta.

- Aurora.

- ¿Por qué Aurora, si no la conoces? –preguntó intrigada la señora de Belfolci.

- Por aquello de la venia. Me lo habéis dicho antes. Luca le daba con tal garbo a la escoba por dos conceptos, para él simétricos. Primero, para demostrar a la señora Eleonora que efectivamente el

polvo se situaba en otro lugar, al no tener aireación. Lo que provocó una irritación en la garganta de la tenderá que la hizo toser y en segundo lugar, esa acción debería tener otra proporción o equivalencia racional. El polvo debería salir por algún sitio. La señora Befolci, quedó pensativa. Luca dejó la calle impecable. Hasta las piedras desaparecieron. Cogió un cubo con agua y regó la calle más transitada de Sansepolcro. Terminó la faena antes que el comerciante y su hija se aposentaran a desayunar en el comedor situado en la planta segunda de la casa.

- ¿Qué te pasa Eleonora? ¿Acaso estás preocupada?
- la voz del comerciante le sacó del ensimismamiento a la aludida.

- No, no. Seguir con el desayuno. Son cosas mías.

- ¿Y el muchacho ya comenzó con el trabajo? Estoy preocupado por él. Es muy joven. Tal vez, no nos interesa. Es una boca más.

- Luca, ya terminó su trabajo. Ha dejado todo impecable. Hasta la calle. Es listo y trabajador. Si que nos interesa, señor Befolci.

- No me digas que Luca ha terminado con el trabajo de limpieza. ¿También el de la calle?

- Si, esposo mío. Además, me ha demostrado cómo se debe limpiar el polvo, evitando que se traslade de un sitio a otro, por falta de aireación, cosa que yo pensaba más de una vez, pues las telas, por mucho que las limpies siempre tienen polvo y causa mal efecto ante los clientes. Claro, como no abrimos las ventanas, por las moscas y otros insectos, no se

ventila el comercio – la alocución fue tajante por parte de Eleonora.

- ¿Y cual es la solución? – espetó Belfolci.

- Hay que poner unas mosquiteras en las ventanas. El carpintero de Arezzo o en Perugia nos las haría. Lo he pensado bien y es buena idea la de Luca. Evitaremos entren moscas y otros insectos, mientras están abiertas las ventanas y se limpia el comercio. Todo se oreará.

- Me está sentando mal el desayuno. Considero estupideces lo que dices, esposa mía. ¿Cómo es posible que hagas caso a un niño que se ha criado en una masía de campo?

- Precisamente por vivir en el campo, es una manera de proteger las ventanas e impedir la entrada de los insectos y otros animales, como los roedores. Nosotros también tenemos roedores – aseveró Eleonora.

- ¡Si, hay ratas! ¡Qué asco me producen! – dijo Aurora, más bien casi gritando.

- ¿Bueno, y que tendrá que ver los mosquitos con los roedores? – estaba disgustado el tendero.

- Todo, padre. Si no entran los mosquitos del exterior, tampoco entrarán los roedores – aseveró Aurora y prosiguió – Yo me pondré en mi habitación una mosquitera. El otro día comprobé como una rata subía por la pared del corral, camino de la ventana de vuestra habitación. La espanté con mis gritos.

- ¡San Francisco nos proteja!

- Ya está bien Eleonora. Hablaré del tema con Luca. Es de suponer, que su padre sabrá quien les hizo las mosquiteras. El primer día y ya con problemas. Hay que abrir el negocio. Es la hora. ¿Vienes Aurora?

- Le acompaño, padre.

El comerciante y su hija se enfrentaron a Luca, que estaba sentado sobre un taburete, apoyándose los codos en sus rodillas de cuclillas y sosteniendo con sus manos su amplia cabeza cubierta de pelos rubios fijados hacia adelante de su frente. No precisaba de peine alguno. Tenía aspecto de estar meditando.

- ¡Buenos días Luca! ¿Has descansado bien?

- Si, señor Belfolci.

- ¿Conoces a mi hija Aurora?

Luca miró a Aurora, era fiel reflejo a su madre, salvando la distancia de los años. La joven le sonrió y afloraron los dientes amplios y saludables de doña Eleonora, no obstante, sus pómulos ofrecían cierta redondez adquirida genéticamente del rostro orondo y congestivo de su padre. El arquetipo de su figura era el prototipo de una futura hembra alta y fuerte. Se apreciaba el inicio de la formación de los senos, que prometían amplitud considerable. Sus ojos rasgados, le daban cierto aire de picardía dentro de un contexto apreciable a su figura, contando el lucimiento de su cabellera oscura y rizada.

- Me llamo Luca – se presentó un tanto impasible. Más bien no sabía qué decir. Aunque sí, observar. Su gran virtud y su defecto innegable.

- Yo soy Aurora. Te he visto con tu madre, cuando tenías menos años. Has crecido mucho.

Aunque la conversación ya había terminado, intervino el señor Belfolci, dando las indicaciones necesarias, para poner en marcha el negocio. Se oían voces en el exterior. Luego se adivinaba, que eran supuestas clientas. Le indicó a su hija abriese la mitad de la puerta sobrepuesta de la entrada del comercio, y a Luca le encomendó sacase de la habitación contigua los sacos de harina, alubias, garbanzos, lentejas y otros para poder exhibirlos junto al mostrador de comestibles. El comercio lo constituían dos partes bien diferenciadas. La zona de ropa y sus menesteres, y la de los comestibles o ultramarinos. Luca arrastró como pudo los sacos, rezando para que no se rompiera la culera de ninguno de ellos. Para el día siguiente, los arrastraría apoyándolos con una arpillera, de esta forma, evitaría se desculara ningún saco. Mientras, el comerciante habría las hermosas ventanas por donde entraba la luz diurna, sin sol, por tener orientación sur. El sol, le daría a mitad de mañana. El señor Belfolci miraba de soslayo a Luca y no dejaba de pensar en las “mosquiteras”. Ello le producía un estado de ánimo de contrariedad, provocándole un tic nervioso, haciéndole mover el labio superior de su corta boca y a su vez su largo e hirsuto bigote. No existía nada de proporcionalidad en su cara, asemejándose a un clon cirquense. Tenía claro que entre su mujer e hija, le obligarían a comprar en Perugia las dichas “mosquiteras”.

La ropa que llevaba puesta Luca, no era la más apropiada para estar en el comercio. Tanto la blusa como el pantalón ofrecían un aspecto deplorable de auténtica miseria. Eleonora corrigió la situación optando por coger ropa decorosa de su marido, aunque estuviese en desuso por vieja y acomodársela al joven Luca. Por lo menos, el ayudante o mozo de la tienda no desacreditaría ante la clientela su aspecto, pasando más desapercibido. Las explicaciones a los clientes de la presencia de Luca era tajante y admisible. Era el hijo de Antonietta. Todos clientes, quedaban conformes.

La misión a cumplir era sencilla. Ayudaba al señor Belfolci en todas aquellas misiones que hubiere que hacer algún esfuerzo o bien ayudaba a la clientela, en su mayoría mujeres, a acarrear las compras a domicilio.

En el transcurso de una semana, Luca sabía el cumplimiento de sus obligaciones a rajatabla. Toda su actividad era un compendio de lo que hacía en el campo. Trabajos de fuerza. No obstante, al joven Pacioli no le pasó por desapercibido del aparente deterioro, que el comercio de los Befolci sufría por el transcurso del tiempo. Hacía muchos años, que aquella casa no se había pintado. El mostrador ofrecía innumerables rayas, adonde se amparaba la carcoma. Pacioli hacía la vida, en la parte inferior de la casa. Un habitáculo con un pequeño ventanal, que daba a la parte posterior de la vivienda y consiguientemente al corral. Dormía en un camastro corrosivo. Requería pintarlo. Había un armario empotrado en la pared, sin puertas y lleno de humedad. No le importó a Luca en un principio, porque sabía, que si se llegaba a quedar en aquella casa, corregiría todos los defectos. El domingo, fue

a visitar a su padre, y estuvieron hablando de todos los pareceres. Lo que más le dolía a Luca, era la indolencia con la que el señor Befolci le trataba. Sobre todo a las horas de las comidas. No era admitido en el comedor, y el comerciante le hacía llevarse los sustentos en una perola, para dar cuenta de las viandas en su propia habitación. Bartolomeo Pacioli, sufría en silencio todo lo que le contaba su hijo. Reflexionaba y le recomendó a Luca tuviera paciencia, hasta ver si realmente preveía algún porvenir en casa del tendero. Le dejó muy claro a su hijo, que el motivo de despegarse ambos, era porque estaba constatado la enfermedad del pecho, que sufría Bartolomeo era irreversible y de forma rápida notaba su empeoramiento. Le recomendó encarecidamente procurase aprender a leer y escribir. Condiciones indispensables para poder entrar en el seminario de San Francisco. Y si al faltar él en la vida terrenal, sería lo más prudente y sensato para obtener cobijo, aprender letras y ser un buen cristiano. Luca aceptó con resignación las palabras de su padre. Además él, tenía sensaciones cognoscitivas para poder introducirse dentro de la vida ascética. Luca le preguntó a su padre por el tema de las “mosquiteras” y el lugar donde poder conseguir las. Le explicó el motivo. Bartolomeo le recomendó a su hijo, no hiciera intromisión alguna en particularidades de Belfolci. En el fondo, era persona rencorosa. Luca le explicó a su padre los pormenores. En realidad no le importaba adonde fuere a parar el polvo, pero si seguía con tal guisa, también sus pulmones se tragaban la porquería, que su madre, en muchos años la había sufrido. Bartolomeo le indicó a su hijo que en Perugia había una ferretería en la piazza de la Fontana Maggiore, frente al Palazzo dei Priori. Allí les proporcionaría la malla metálica ensamblada en madera. Para ello

tenían que darle al ferretero las medidas, muy exactas, con el fin de que encajaran perfectamente en los huecos de las ventanas. Se despidieron padre e hijo. Luca le prometió a su padre Bartolomeo pasar a visitarlo todos los domingos.

No le sentó bien al señor Belfolci, que Luca se ausentara de su domicilio sin su permiso. Lo castigó sin cenar. El joven toscano no le concedió importancia alguna, porque en su fuero interno, los días de guardar, haría el cumplimiento de ver a su padre. El problema de Luca, era conseguir la persona que le enseñase a leer y escribir. Además de hacerse con una enciclopedia, para aleccionarse de los conocimientos más elementales. Ese era el tema. No tardó mucho tiempo, para ocasionalmente diera lugar a dar el primer paso para el logro de sus pretensiones.

Una clienta compró varios artículos, mezclándose telas y sedas, con los ultramarinos. La señora, era la esposa del secretario del municipio de Sansepolcro. No hubo problema alguno con la compra realizada con las telas y sedas; fueron pagadas con una moneda de plata. En cuanto a los artículos de ultramarinos, Luca tuvo la necesidad y disposición de entregárselos a domicilio, por el peso que suponía las alubias, lentejas y demás artículos. El joven lo acarrea mediante un carretillo. Llegado al domicilio del secretario, la señora, le preguntó a Luca el importe de los florines que debería entregarle. El joven ignoraba su importe. En aquel entonces dada la pujanza económica de Florencia, como estado, acuñaban sus propias monedas de oro, plata y florines. La ignorancia de Luca sentó mal a la señora, haciendo acto de presencia nuevamente en el comercio del señor Belfolci, presentándole sus

correspondientes quejas por la falta de capacidad de su empleado. Se saldó la cuenta de los florines. Y el comerciante, no pudo disimular su enfado y comenzó a mover su labio superior y su bigote hirsuto. Emplazó a Luca para que en término de tres meses supiese de cuentas o en caso contrario, tendría que buscar otro empleo. Aurora Belfolci, había presenciado todo lo sucedido. Se prestó para enseñar a Luca todo lo preciso para el cumplimiento de su obligación. Empezarían esa misma noche.

Así sucedió, después de cenar. Aurora requirió la presencia de Luca y sobre la mesa del comedor, amparados por la luz del candil, la señorita Belfolci extendió el material de estudio y apareció la enciclopedia, que tanto añoraba el analfabeto Pacioli.

- Comenzaremos con los números. De esta forma, aprenderás antes las matemáticas, y no tendrás problemas para las cuentas - aludió Aurora toda dispuesta.

- No sé leer, ni escribir – se justificó Luca. Era una manifestación reflexiva, que exteriorizó en voz alta.

-¡Ah! Comprendo. Habrá que empezar por la gramática. Lo pones más complicado. Pero no apenes. Verás cómo aprendes.

Aurora instintivamente arrimó su silla a la de Luca. De tal forma que le imposibilitaba mover su brazo derecho. Hacía calor y la joven había tomado cebolletas con tortilla. El futuro aprendiz, hizo un acto de sacrificio resistiendo el calor corporal de la hipotética maestra y su aliento pestilente a la cebolla. La señorita Belfolci cogió el libro de la

enciclopedia y abrió la página del compendio dedicado a la gramática.

- Comenzaremos con la gramática. Ponemos una señal con esta hojita para ir directamente a buscar lo que ahora nos interesa. El doblar las páginas de los libros, no está bien visto. Los libros no se quejan, pero si los maltratas se estropean – hizo un lapsus y eructó – Luca pensó que Aurora tenía un comportamiento vulgar, frente a su aparente desparpajo para la enseñanza, que todavía, no había dado comienzo. Rogó, porque ambos conceptos no se pareciesen el uno con el otro. Después del eructo, prosiguió- Veamos Luca, para poder leer, hay que saber distinguir las letras y su pronunciación. Las letras se dividen en dos grupos; vocales y consonantes. Si unimos las vocales y las consonantes, formaremos una palabra. Ejemplo, las vocales son las letras; a, e, i, o, u. Y el resto son las consonantes. En total, son veintiuna letras. Mira, aquí en este cuadrante, están todas. En esta hoja, ahora mismo, dibujarás sólo las vocales. Toma esta libreta, con el lapicero y goma, para que puedas trabajar. Comenzaremos con las letras minúsculas, cuyo significado son pequeñas. Y esas mismas letras también se dibujan en mayúsculas, pero la pronunciación es la misma. En su momento, ya te diré cuando se escriben con mayúsculas. Por ahora, te olvidas de ellas.

Luca miraba a Aurora con ojos abiertos, hasta el punto que ésta le comentó.

- Tu, tranquilo. Iremos despacio. Te aseguro que aprenderás. Al principio es normal lo que te sucede. Confía en mi, Luca. Coge el lápiz e intenta copiar la

letra a. Es sencillo. Haces un aro y debajo le pones un “rabito”. Vamos, yo te llevo de la mano.

- Espera, Aurora. Déjame. Lo haré sólo ¿Tengo que dibujar este signo?

- Si, la letra a, en minúscula.

Fue sorprendente la actuación de Luca, dibujó la letra al instante. Aurora se quedó perpleja y dijo entusiasmada:

- Esto es un milagro ¡Qué bien lo has hecho, Luca! ¿Cómo es posible lo que veo?

- Aurora, yo sé dibujar algo. En el campo, dibujaba los árboles, las casas y lo que veía.

- ¿No me digas? Adivino que esto será más fácil de lo que pensaba. Ahora, pronuncia en voz alta la letra que has puesto.

Luca pronunció la letra A.

- Muy bien. Sigue con el resto de las vocales. Aquella noche, Luca se aprendió y escribió las cinco vocales, y por supuesto su pronunciación.

Profesora y alumno se fueron a sus respectivos dormitorios, sumamente contentos. Cada uno había cumplido sobradamente con su cometido.

Al mes, Luca sabía todas las letras del alfabeto, tanto las minúsculas como las mayúsculas. Y a los tres meses, sabía leer correctamente y comenzaba a escribir. Aurora se hizo amiga de Luca. Tal era la ostentación de alegría de la joven, que de forma

espontánea le depositaba un beso en la amplia frente de Luca: ¡Que inteligente eres! Muy pronto sabrás tanto o más que yo.

En el transcurso del tiempo, el padre de Luca falleció. Fue un funeral penoso y triste. Bartolomeo Pacioli, no tenía más familia que su hijo Luca. En realidad, tenía dos hermanos ilocalizables, Benedetto y Piero. Su amigo Ádamo, fue el que le avisó de tan triste noticia.

La casa de los Pacioli, en medio de la campiña alta de la Toscana, estaba de un luto impresionante. Merced a los vecinos Biagio y Asunta, cuya vivienda y parcela estaba próxima a los Pacioli, fueron los únicos que hacían compañía al cadáver de Bartolomeo. Luca se abrazó a ellos llorando desconsoladamente. Ádamo fue en busca del médico y también del cura. La familia Biagio y Asunta, confesaron a Luca la escasez de dinero para dar cristiana sepultura a su padre. El primero en aparecer fue un fraile franciscano, quien se presentó como fray Manuel. Cumplió con su misión sacerdotal y fijó la hora del entierro a las once de la mañana del día siguiente.

- Fray Manuel.

- ¿Dime hijo?

- Soy el hijo del muerto. Y no tengo dinero para pagar la sepultura y el entierro de mi padre - sollozó el joven Pacioli.

- ¿Cómo te llamas?

- Luca.

Fray Manuel, se quedó un momento pensativo. Aquella soledad, tan amplia como la tristeza del alma de pequeño Luca, había que darle solución. Un franciscano, no podía quedarse impasible ante la desolación tan inmisericorde de un niño.

- ¿Quién puede acompañarme hasta la Abadía? Allí dispongo de una caja sencilla. Servirá para dar mortaja al cuerpo del fallecido.

- Yo, aparejo la mula al carro y traigo la caja – se ofreció Biagio.

- Sea así –respondió el fraile – Le espero en el templo del Señor.

Luca se acercó al franciscano y le dijo.

- Que Dios se lo pague, fray Manuel.

- Ya hablaremos despacio Luca.

Apareció más tarde el médico. Se limitó a extender un papel, que debió ser el certificado de defunción. Lo depositó sobre la mesilla de noche. Estaba tan habituado a ir a aquella casa, que tan sólo se limitó a dar el pésame. En realidad a nadie en concreto. Fue puro formulismo.

Ádamo se marchó con el señor Biagio, en busca de la mortaja de Bartolomeo.

La noche se hizo larga. El señor Biagio y la señora Asunta se encargaron de lo concerniente al tema de la mortaja.

Al día siguiente, a las once de la mañana, el carro conducido por el señor Biagio, transportaba el cadáver de Bartolomeo Pacioli. Se paró frente a la puerta de la Abadía toscana de Sansepolcro. Hubo necesidad de la participación de todos los asistentes, para poder depositar la caja de madera dentro de la Abadía. El señor Biagio y la señora Asunta, en compañía de Luca y Ádamo cumplieron con la misión preceptiva. La Abadía era muy amplia, la cual proporcionaba soledad. El pesar y la melancolía flotaban por la iglesia vacía y todos sus bancos, a excepción del último. Allí estaba Aurora, tocada con una mantilla y rostro serio pesaroso.

Fray Manuel fue breve y conciso. Le ayudó a celebrar la Eucaristía, en latín, otro sacerdote. Durante en todo su apostolado nunca había presenciado una misa de difuntos tan sumamente triste y apesadumbrada. Pensó en Luca. Se interesaría por su situación. Les acompañaría hasta el cementerio. Y así sucedió.

Bartolomeo Pacioli, tuvo un entierro digno, y no fue víctima de la indigencia como en aquella época la había, como consecuencia de guerras civiles o personas que abandonaban el hogar sin identificación alguna.

Había finalizado el sepelio y Aurora se acercó a Luca. Le besó en la frente y le cogió de la mano, diciéndole;

- Luca, siento lo que ha pasado. Vámonos para casa.

- Tengo que despedirme de todos.

Se acercó a su amigo Ádamo y se dieron un fuerte abrazo. Al señor Biagio y la señora Asunta, les comentó que se hicieran cargo de la huerta. Algún día se acercaría por allí. Los abrazó cariñosamente. Y por fin llegó el turno de D. Manuel.

- Le doy las gracias por lo que ha hecho fray Manuel.

- Vayamos al grano Luca. ¿Sabes leer y escribir?

- Si, padre.

- Eso está muy bien. El próximo domingo ven a verme sobre las doce del mediodía. Hablaremos detenidamente. ¡Ve con Dios, Luca!

Aurora cogió de la mano a Luca y le reprendió, sin severidad.

- He oído la conversación que has llevado con el fraile. ¿Por qué le has dicho que sabes leer? Si no es cierto.

- No lo sé, Aurora. Me falta poco para soltarme. Mientras, si hiciera falta tú leerás por mí y yo aprenderé de memoria lo necesario. No sé lo que querrá de mí fray Manuel.

- Yo intuyo los deseos del fraile – adujo resuelta la señorita Belfolci.

- ¿Y es bueno o malo? – preguntó ignorantemente Luca.

- Quiere tenerte de acólito. Más sencillo, el monaguillo quien le ayude a celebrar la Santa Misa

los días festivos. Tendrás que aprender latín. Por eso te ha preguntado si sabías leer.

- En buen lío me he metido, Aurora. ¿Tú me ayudarás?

La respuesta no se hizo esperar.

- Luca, te ayudaré siempre mientras viva. **Yo seré tu sombra.** Pero tu, promete ayudarme si alguna vez te preciso.

- Te lo prometo, Aurora – contestó sollozando Luca, mientras, la aludida lo atrapó por los hombros y como si fuese un niño chico lo acurrucó entre sus pechos.

- Mi madre te espera. Ha guisado para ti una gallina. Ha hecho caldo y comerás bien. Hoy tendrás descanso lo que queda del día. No habrá trabajo ni clase. Lo tengo hablado con mi madre.

- Esta noche quiero seguir con la escritura. Aprenderé a leer enseguida.

- Tiempo tendrás. Estás agotado. Hoy descansarás para mañana seguir cumpliendo con tu deber. No se hable más.

Tal como dijo Aurora, se desarrollaron los hechos. La señora Eleonora recibió a Luca con ternura. Le dio un par de besos y lo abrazó cariñosamente. El señor Belfolci le dio la mano y el pésame. Lo que enterneció a Luca, fue cuando el comerciante le dijo:

- Debes estar tranquilo Luca, ésta es tu casa.

No lo pudo remediar. Pacioli mostraba mucha entereza, pero al final, se puso a llorar desconsoladamente. Estaba huérfano, sin familia, y era un niño con diez años. Las palabras del señor Belfolci fueron sumamente acogedoras y reconfortantes.

Pasó el tiempo y tal como Aurora previó a Luca, el fraile precisaba de un acólito para ayudarlo a celebrar la misa de las doce los domingos y días festivos. Como la misa se decía en latín, le entregó un pequeño libreto para aprenderse las respuestas consiguientes. Don Manuel, no le señaló tiempo alguno para que se aprendiese el libreto. Únicamente le hizo la observación de tener fuerza de voluntad para ocupar tiempo en el aprendizaje del tema en cuestión. Todas las dudas que se le suscitaban en pronunciaciones se las consultara, y cuando estuviese preparado se acercara por la Abadía para hablar del día en el cual diese comienzo la actividad eclesial. Además, su salida inicial no sería la misa del domingo a las doce, puesto que acudían muchos feligreses y para evitar nervios, ayudaría durante algunos días a la misa cotidiana de las ocho de la mañana. El horario alivió a Luca y ¿por qué no?, también al señor Belfolci. El tema quedó por el momento, así zanjado.

El tiempo transcurría aparentemente igual para la mayoría de los habitantes de Sansepolcro, excepto para Luca Pacioli. Con ayuda de Aurora, aprendió correctamente a leer y escribir. También sabía responder en latín las respuestas precisas para la celebración de la Santa Misa; Aquí, sí que intervino la señora Eleonora. Era una mujer religiosa y

practicante. Conocía los cánticos marianos, el Agnus Dei, el Credo y las pronunciaciones correctas. Ello le sirvió a Luca de un alivio total, y consiguientemente a estar preparado para auxiliar al sacerdote de acólito. Aurora, estaba in albis sobre la materia. Como era tan pundonorosa participó de tal forma, que se aprendió las respuestas al mismo tiempo que Luca.

Una vez preparado el día requerido del domingo, y previa las prácticas llevadas a cabo durante una semana a las ocho de la mañana, aunque con poca asistencia de feligreses. Luca, se preparó con tiempo para ir a la Abadía. La señora Eleonora le compró calcetines y botas nuevas. La familia Belfolci, aunque no lo aparentasen, estaban orgulloso de Pacioli. Incluso el comerciante, se puso el mejor de los trajes.

Luca salió de la sacristía tras fray Manuel, revestido con sotana roja y camisola blanca. Su rostro denotaba serenidad. La Iglesia estaba repleta de fieles. Ocupaban en el primer banco de la derecha, la familia de Foco Belfolci al completo. Sonreían de oreja a oreja. Luca los vio y no pudo por menos que relajar su rostro, mostrando una mueca de aprobación. Doña Eleonora, consideraba una obra suya que el joven hubiese aprendido tan deprisa el latín. Aurora estaba lúcida y orgullosa de su Luca. Y el señor Belfolci incrementó su ego, pues, hubo momentos, en los que consideró a Luca un miembro de su familia entronizado dentro del seno de la Iglesia, aunque por ahora fuese un postulante. ¡Ah! ¡En la Consagración! ¡Qué bien repiqueteó la campanilla! ¡Qué solemnidad! Todos pasaron a comulgar. La primera fue Aurora. ¡Que guapo estaba su Luca! Se cruzaron las miradas. Por

vez primera le pareció a la señorita Belfolci, que Pacioli tenía unos ojos bonitos y dulces. En realidad eran singularmente inexpresivos. Doña Eleonora, contuvo la imprudencia de pretender extender la mano para tocar la del joven Luca. Y el señor Belfolci, pasó a comulgar en pecado mortal. No se había confesado. La Santa Misa fue un éxito. Fray Manuel invitó a los Belfolci a pasar a la sacristía. Les dio la enhorabuena por tener a un ahijado tan aplicado, y con tantos deseos de obtener conocimientos en la vida. Enjabonó bien al cabeza de familia, cuando compuso la oración; “Tienes suerte Luca, de disponer de una persona a tu lado como el comerciante señor Belfolci, de quien aprenderás rápidamente todo el engranaje de la vida de los negocios, con acertado criterio. A todos mi “en hora buena”. “Si nos dispensan, esperen en la Iglesia o en la calle a Luca, mientras nos quitamos las ropas sagradas”.

Los Belfolci, por supuesto salieron a la calle. Existían tertulias matinales, aunque aquella mañana, de quien hablaban era del chico o mozo del hijo de la difunta Antonieta; ¡Que bien les viene! ¡Lo exprimen como a la esponja! Cuando aparecieron la familia de los comerciantes, cambiaron los asertos; ¡Enhorabuena! ¡Luca ha estado impecable! ¡Se nota la educación!

En la sacristía, Luca le dio las gracias a fray Manuel. Y le comentó sus intenciones de ingresar en el seminario por deseo expreso de su padre Bartolomeo, y también por su propia convicción. El franciscano, con habilidad durante toda la semana fue sonsacando al muchacho su situación, que era de imaginar, y alabó la bondad de la joven Belfolci prestándose a enseñarle a Luca lo que ella sabía.

Era muy de elogiar. No así la postura del comerciante. Pensó que sus palabras hubieran hecho mella en el corazón de aquél individuo, aunque no tardaría muchos días en volver a tener su comportamiento genético. Luca debería esperar como mínimo dos años, para poder ingresar en el seminario de la Abadía de Sansepolcro. No obstante, lo hablaría con el prior por si fuere de interés que el muchacho leyese libros de religión. Más bien, lo haría por constatar y acreditar una plaza en firme para el desolado Luca. En el convento encontraría mayor solaz y hermandad, alejado del desagradable señor Belfolci, que no hizo acto de presencia en el funeral de Bartolomé Pacioli.

Transcurrió el tiempo y como era habitual, la mayoría de las noches Aurora y Luca, comenzaron a estudiar las matemáticas. En el siglo XV se generalizan los números arábigos y aparece la imprenta. Esta última, facilitó la divulgación de los conocimientos impartidos por los monjes de la época y los mercaderes. La Edad Media, caracterizada por el Renacimiento, prodigó las artes, letras y ciencia, siendo las ciudades italianas más notables, Roma, Venecia, Génova y Florencia. Gozaron de todo ello los señores feudales, comerciantes, mercaderes, monasterios y profuso el mecenazgo a favor de escritores y artistas.

- Esta enciclopedia es muy didáctica – dijo Aurora- Hace historia de las monedas, que se utilizaron en tiempos pasados, y las actuales que conocemos. Si quieres podemos leer la parte más importante. ¿Te parece bien Luca?

- Si. Además me gustaría leer yo, y así practico.

- Me parece bien. Adelante:

- “Hasta mediados del siglo XII hubo dos monedas fuertes en el Mediterráneo, con prestigio internacional, ambas eran de oro y procedían de fuera de Europa: el *sólidus áureos* bizantino y el *dinar* musulmán. Desde la mitad del siglo XIII hasta fines de la Edad Media, las repúblicas italianas acuñan monedas de oro puro y de 3,50 gramos. Este período, a su vez, se puede dividir en dos subperíodos: 1°. Desde mediados del siglo XIII hasta fines del siglo XIV, en que tuvo mayor prestigio el *florín* de Florencia. Y El siglo XV durante el cual se impone el *ducado* de Venecia. Estas cuatro monedas, son las que Cipolla llama los «dólares» de la Edad Media, en el sentido de que fueron el valor monetario más prestigioso internacionalmente sobre el resto de las monedas”.

- ¿Quién fue Cipolla?

- Algún historiador –respondió Aurora, y prosiguió- Ya ves Luca como nuestra moneda, el florín, es importante.

- “El florín surge en 1252, momento en que la fuerza expansiva de la economía florentina la lleva a afianzar su vida mercantil en Europa, para lo cual necesitaba una moneda de aceptación y calidad universal.” “Creado con el nombre de fiorino de oro”. Aparece con una ley de 23 3/4 quilates y un peso de 3,39 a 3,50 gramos. Era la mejor ley conocida entonces y, por lo tanto, las monedas más apreciadas. En un principio equivalía a 20 sueldos, que era igual a una libra, pero con el tiempo esta equivalencia fue cambiando y en 1272, equivalía a

30 sueldos, a 32 en 1282 y en la recesión de 1422 volvía a equivaler a 20 sueldos”. “Además de moneda real, el florín era moneda de cuenta. Es decir cuando alcanzó una equivalencia cómoda con la moneda local de cada reino, se creó el florín de cuenta que permanecía equivaliendo al mismo número de sueldos o dineros durante un tiempo más o menos largo, y en función de esta equivalencia, iba evolucionando el florín real”.

- Me canso de leer. Y esto último no entiendo nada
– dijo Luca.

- Yo tampoco. Ya seguiremos otro día – apostilló Aurora. Y prosiguió - Tengo que decirte un secreto.

- ¿Cuál secreto? Es muy misterioso.

- Si. Estoy enferma.

- ¿Cómo vas a estar enferma, si estás aquí? Cuando uno está enfermo está en la cama.

- Para qué te habré dicho nada. Si eres un crío y lo mío es cuestión de mujeres.

- Tú tampoco eres una mujer. Eres una niña – respondió Luca a modo de enfado.

- Ya no soy niña. He tenido la menstruación.

- ¿Y eso qué es? – preguntó intrigado Luca.

- Significa que todos los meses mi matriz evacuará sangre. La mayoría de los animales hembras a cierta edad les pasa.

Luca se puso pálido.

- ¿Se lo has dicho a tu madre?

- Por supuesto. Ella me ha explicado todo el proceso. Y ahora, me duele un poco la barriga. En tres días se me pasará. En estos momentos, sí soy mujer, e incluso puedo tener hijos. No debo tener relaciones con ningún hombre, porque me podría quedar embarazada.

- ¡Pobre Aurora! – Por vez primera Luca acarició el rostro de la joven - No sé nada de lo que dices. Lo oigo por vez primera. De las relaciones con los hombres, será parecido...

- ¡Déjalo Luca, no sigas! Te veo venir – No lo pudo evitar. La señorita Belfolci se carcajeó a satisfacción. - ¿Lo dices por lo que vimos ayer en la calle?

- Claro, por los perros.

- ¡Anda bruto! ¿Cómo nos comparas con los perros?

- No dejará de ser lo mismo. También tienen instinto. Mi amigo Ádamo, tiene dos años más que yo. Lo hace con una mujer viuda y joven. Buenos florines le da de propina.

- Ádamo sólo tiene trece años ¿Y ya copula?

- Ha cumplido catorce. Tiene mucho vigor.

- Tú también tendrás vigor, ¿No Luca? – preguntó Aurora con cierto retintín.

- Yo seré fraile y no copulare.

- Espero que esas cosas, antes de hacer nada, me las digas. Para eso somos amigos. Yo te digo mis secretos y espero que los tuyos me los cuentes a mí. ¿Lo harás, verdad?

- Si, Aurora. No guardaré ningún secreto. Te contaré todo lo mío. Se ha hecho muy tarde. Habrá que acostarse.

- Tienes razón. Vamos a dormir.

Aurora puso a prueba a Luca. Le dio un beso, esta vez no en la frente, sino en la mejilla. ¿Era la primera de sus provocaciones?

Al día siguiente a las ocho de la mañana, Luca se presentó en la sacristía de fray Manuel.

- ¿Tú por aquí? Hoy no es domingo, ni fiesta de guardar. Por la cara que traes es que tienes algún problema. Ayúdame a celebrar la Santa Misa y después hablamos.

- Me parece bien, padre.

Fray Manuel fue rápido en la celebración de la Eucaristía y nuevamente se encontraron en la sacristía. El fraile tenía curiosidad por lo que pudiera decirle el muchacho. Lo abordó rápidamente.

- ¿Tú dirás, Luca?

- No sé cómo empezar, fray Manuel.

- ¿Acaso precisas confesión?

- No o tal vez sí. Estoy hecho un lío. Necesito consejos de la vida.

- Te comprendo Luca. No hace falta ir al confesionario. Cuéntame todo lo que consideres oportuno.

Luca le comentó toda la conversación que por la noche había sostenido con Aurora, y la confesión de la muchacha le había hecho. También le dijo lo de su amigo Ádamo. Añadió, que al despedirse para ir a dormir Aurora tenía por costumbre besarle en la frente, y la noche pasada le besó en la cara. Ese acto le produjo una sensación extraña. Le solicitó ingresar conventualmente en la orden menor de los franciscanos de Sansepolcro, sin esperar tregua alguna para incorporarse al seminario de Asís ubicado en el Monte Alverne.

Fray Manuel pensó largo y tendido, antes de contestar a Luca. Este le presentaba un tema delicado, según conviniera quien lo recibía como oyente. No cabía la menor duda de que el muchacho estaba en la pubertad, camino de la primera juventud, y convivía con una joven que sabía, no por intuición, sino por sufrirlo en sus carnes y experimentado en su psiquis una transformación como persona mucho más preparada que Luca. Era comprensible por parte del futuro clérigo, tomar precauciones de todo tipo. La primera de ella, la había confesado; la carnal. Su amigo Ádamo, con catorce años practicaba el sexo. No era frecuente. Pero si su desarrollo físico era muy prolífero, no sería el primer caso. Luca iba camino de ello. Era un muchacho con ésas características, y por su

perspicacia el entorno lo tenía muy a su favor para caer en cualquier tipo de tentación pecaminosa. Por otro lado, pensó, que tal vez era adelantar los acontecimientos muy precipitadamente. Le habló con mesura a Luca:

- La templanza es una de las virtudes más importantes en las personas. Debes de tener prudencia y moderar tus pensamientos. No te dejas guiar por ellos, sin darte cuenta caerás en el defecto de forma. Dicho de otra manera. Aleja de tu cabeza esos pensamientos que ahora te atormentan. Tu comportamiento con Aurora debe ser como siempre, prudente y de buen corazón. No hagas alusiones a hechos como el de tu amigo. Con ello, tu mismo delatas una situación impropia. Dando lugar a sospechar visionarte en tu espejo, comparativamente con el resto del prójimo. Debes mantener con firmeza, como lo haces ahora, tu forma de pensar y actuar. Ello te honra y estima la dignidad propia. Ahora bien, si esa dignidad la consideras mancillada, no tengas ningún temor en contarme lo que consideres oportuno. Como lo has hecho hoy. Considérame como a un padre. Y no dudes. Esta es tu casa y en ella, siempre tendrás cobijo.

- Gracias, fray Manuel. Tendré muy presente sus consejos. Me voy para que no me echen en falta el señor Belfolci.

- Ve con Dios, Luca.

El día transcurrió, como habitualmente se desarrollaba. Por la noche Aurora, como era costumbre, apareció con la enciclopedia y los apuntes de estudio. Estaba más seria que de costumbre, y al propio tiempo Luca, también

mostraba su rostro circunspecto. La señorita Belfolci no arrimó la silla tanto, como era habitual, a la de Luca. Se produjo un distanciamiento fuera de lo normal. Dieron clase de matemáticas. Sumas, restas y multiplicaciones. Todo muy elemental.

- Deberíamos aplicar decimales a las matemáticas – apuntó Luca.

- Yo no llego a tanto, señor fraile – contestó Aurora de mal talante.

- ¿Por qué me tratas así?

- Pronto lo sabrás. Te advierto, que las reglas de los monasterios, son más severas en comparación con nuestros pequeños secretos.

El silencio producía tirantez entre ambos jóvenes. Luca, fue el primero en hablar.

- Ayer, no estuvo bien lo que dije.

- Fuiste brusco en tu comentario. Es propio de tu edad y también de la mía. Será mejor limitarnos al tema del estudio. Siento no poder ayudarte con el tema de las matemáticas. No domino los decimales. Tendrás que aprender por tu cuenta.

- Lo haré – precisó Luca – Si te parece leemos un poco más sobre las monedas.

- Como quieras. Hoy, leo yo, piensas tú y haces un resumen. Comienzo:

“El florín de plata. El auge económico y comercial de los países europeos en la Baja Edad Media, da

lugar a la fabricación de monedas cada vez de más peso, mayor valor unitario; en oro se hicieron múltiplos del florín en Florencia, y más aún, del ducado; y en plata paralelamente, se van creando piezas más grandes, pero todavía ninguna había conseguido equipararse en valor intrínseco y nominal a cualquiera de las unidades áureas en boga. El florín de plata, especie argéntica de igual valor que el de oro, pero, naturalmente, con mucho mayor grosor y módulo que las conocidas hasta entonces otros «menguados», otros «quebrados» y otros «malos». Con esto parece indicar que las falsificaciones eran en el peso y en la ley, pero no obligatoriamente en ambos, con lo cual un peso anormal podría ser indicativo. La pérdida de pureza en las imitaciones y falsificaciones, es la causa real del desprestigio del florín, ya que era imposible asegurar la ley de la moneda en el momento de la transacción.

El peso era menos problemático, ya que, debido a estos problemas, se pesaban los florines en el momento de efectuar el pago. A través del estudio de los pesos de los florines, siendo su peso medio 3,42 y su peso teórico 3,50 gramos, hay algunos que se alejan demasiado de la media 3,07 gr., 3,16 gr., etc., se podrían identificar como falsificaciones, ya que, aunque el peso no siempre es justificativo para situar una moneda como falsa, en 3,50 gr. de oro 0,43 gr., parece más de lo que una moneda media tiende a desgastarse” - He terminado. ¿Puedes resumir?

- El florín de plata. El que utilizamos aquí en la Toscana y Florencia, es muy importante. Por eso para compararlo con el oro, que tiene más valor que el florín, tienen que hacer múltiplos o bien hacer florines que pesen más porque son de plata.

Después, has leído sobre el oro y su peso. Pero ya me he perdido. Creo que todo el valor del florín y el oro está relacionado con su peso. Por eso con el tiempo las monedas se desgastan y tienen menos valor. No sé más. – se encogió de hombros Luca.

- Has hecho un resumen, para mí acertado. Has comprendido lo leído mejor que yo. Los múltiplos es lo no acierto a comprender.

- Atenta a lo siguiente. Los múltiplos son así. O bien lo sacas sumando o multiplicando. Por ejemplo los múltiplos del número. Si lo multiplicamos por uno, será uno. El siguiente será el número dos. Dos por uno dos. El número uno no tiene ningún misterio.

- Y los múltiplos del dos ¿Cuál son?

- Dos por uno son dos. Dos por dos son cuatro. Dos por tres son seis. Dos por cuatro ocho. Y así sucesivamente. Los múltiplos del dos, son el propio dos, cuatro, seis y ocho. Fíjate en esta tabla que estoy haciendo en la libreta. Os vendrá bien en el comercio utilizando el metro, en vez de vender por palmos las telas, que son las prendas más caras y estoy seguro que tenéis menos beneficios de lo que pensáis. Ejemplo: Utiliza los cuadrados de 3x3 y de 4x4 anteriores para averiguar las medidas y el número de piezas necesarios.

Solución:

Piezas de X. Habrás comprobado que si las piezas de tela miden 4x4, los lados de la pieza pueden medir:

$1 \times 4 = 4$ si tiene una pieza.

$2 \times 4 = 8$ si tiene dos piezas.

$3 \times 4 = 12$ si tiene tres piezas.
 $4 \times 4 = 16$ si tiene cuatro piezas.
 $5 \times 4 = 20$ si tiene cinco piezas.
 $6 \times 4 = 24$ si tiene seis piezas.

- ¿Pero Luca, de dónde has sacado tu estos ejemplos? - preguntó impresionada Aurora.

- Aurora, si lo estoy leyendo en la enciclopedia. Lo hago para ver cómo sacaban el cálculo para establecer la equivalencia de los florines con el oro. Una moneda de oro puede equivaler a 4 florines de plata y si el factor multiplicador fuese un cinco. Una moneda de oro equivaldría a 5 florines de plata.

- ¿Y que tiene que ver, los florines con el oro y las telas? No entiendo nada Luca.

- Aurora estamos hablando de la proporcionalidad de las cosas. Los florines como son de plata, para que tengan el mismo valor que el oro, deben de hacerlos de mayor peso, o bien la equivalencia de los múltiplos con su verdadero valor real.

- ¿Y todo lo que me estás explicando lo has sacado de esta enciclopedia?

- Si, nunca tuve otra. Bueno, es tuya.

- Es increíble – Aurora se llevaba las manos a la cabeza

- ¿Y cuando has estudiado las matemáticas?

- Por las noches, después de nuestras clases – contestó Luca con voz débil.

- ¿Este libro siempre lo he llevado a mi habitación con el resto de los apuntes? ¿No me digas que has hecho lo que me imagino? ¿Estaría durmiendo?

Luca no estaba pálido, como de costumbre. Su rostro estaba todo rojo. No hablaba. Por fin hizo su declaración.

- La habitación estaba a oscuras. Nadie me veía. Tú estabas dormida y me apropiaba de la enciclopedia para estudiar.

- Qué mérito tienes Luca. ¿Cuántos meses llevas durmiendo cuatro o cinco horas diarias?

- No los he contado. Varios.

- ¡Toma la enciclopedia es tuya! Te la regalo. Así no entrarás a hurtadillas en mi habitación. Vas camino de cumplir los doce años. Y yo de los catorce. Yo he sido más sincera, que tú conmigo. Exprime la enciclopedia todo lo que puedas. Tienes una mente privilegiada Luca. Llegarás lejos como sigas así. Yo, te admiro y si tuvieras más años, no sé si llegarías a ser fraile. No te digo más, porque se le comentará a don Manuel. Es tu protector, de lo cual me alegro. Yo me confieso también con él. Don Manuel sabe todas nuestras virtudes y pecados, salvo que no le digamos los pecados del alma. No temas, intentaré siempre ser tu amiga. Como te dije un día. Seré tu sombra. Quédate con la enciclopedia para que cuando te vayas de esta casa, te acuerdes de mí.

Aurora se levantó para marcharse a sus aposentos. Esta vez, se acercó a Luca y le besó en la frente. Iba

a salir de la estancia, cuando desde el dintel de la puerta le preguntó:

- ¿Por cierto Luca? – éste se volvió. Aurora le estaba sonriendo – Ya que somos amigos, ¿me contestarás a una pregunta? Tienes que ser sincero, porque está en relación con los pecados del alma.

- No sé distinguir los pecados del alma. Me los tendrás que decir tú. Los pecados, son pecados y nada más – abrevió Luca.

- ¿Cuándo me ves más atractiva, ahora que estoy vestida, o cuando observar mi cuerpo por la mirilla de la puerta, cuando estoy desnuda en la bañera?

No se cortó Luca.

- De las dos maneras.

- ¿Y por curiosidad? ¿Tu cual prefieres?

- Tu cuerpo y alma son proporcionales a tu bondad.

- Si llegas a fraile, esconderás tus manos entre las bocamangas y dirás: Por aquí no ha pasado nadie. Entonces, miraré a mi entorno para ver si es cierto. En tus bocamangas esconderás sin darte cuenta los pecados del alma. Estoy convencida de que me has entendido. Eres demasiado listo, y también mentirosillo. Descansa Luca, lo necesitas.